



Las lecturas de este domingo forman una unidad narrativa articulada en torno a una sola imagen: **la semilla y su fuerza interior**.

El eje teológico es la **eficacia de la Palabra de Dios** que, a pesar de todos los obstáculos humanos, no regresa a Dios vacía sino que siempre produce fruto. Las lecturas se despliegan en tres movimientos concéntricos:

- Is 55, 10-11 → **Fundamento profético**: la Palabra de Dios es como la lluvia que empapa la tierra y la hace fértil. Siempre cumple su misión. Punto de partida esperanzador.
- Sal 64 → **Eco poético**: la tierra regada, la acequia, la llovizna, los valles vestidos de mieses. La creación entera responde al don de Dios con alegría y canto.
- Rom 8, 18-23 → **Horizonte cósmico**: la creación entera gime con dolores de parto, esperando la plena manifestación de los hijos de Dios. La siembra bautismal está en proceso de maduración.
- Mt 13, 1-23 → **Cumplimiento narrativo**: la parábola del sembrador y su 'homilía' por parte del mismo Jesús. El sembrador (Jesús) siembra con prodigalidad; el fruto depende del terreno — es decir, de la libertad y la disposición interior del oyente.

El hilo conductor es la **tensión entre la eficacia garantizada de la Palabra por parte de Dios, y la responsabilidad humana** de ofrecer un terreno fértil. No es un texto pesimista sino realista: hay obstáculos reales, pero **la cosecha final no fracasará**. El arco va de la promesa profética (Isaías) al desafío personal e histórico (Mateo).

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La Palabra como fuerza creadora (Isaías / tradición bíblica): En las culturas del antiguo Oriente, la **'palabra'** (*dâbâr* en hebreo, *lógos* en griego) no era un mero signo que transmite una idea, sino **una fuerza que comunica una realidad**. La Palabra de Dios en la Biblia no informa: actúa, crea, transforma. 'Dijo Dios, y se hizo' (Gn 1). La comparación de Isaías con la lluvia subraya exactamente esto: la Palabra desciende, empapa, fecunda, y no regresa vacía. Su eficacia no depende de nosotros.

2. La parábola como pedagogía del Reino: Las parábolas no son ilustraciones decorativas de ideas abstractas. Son el modo propio en que Jesús revela los misterios del Reino a los que tienen disposición interior para recibirlos. Mateo las reúne en el capítulo 13 como tercer gran discurso de Jesús. A los 'sencillos' (retomando el domingo anterior) se les da 'conocer los secretos del Reino'; a los autosuficientes se les escapan. **La parábola es a la vez oferta y criba**.

3. Los cuatro terrenos: tipología de la acogida: Jesús mismo ofrece la interpretación alegórica de los terrenos, identificando **cuatro disposiciones interiores ante la Palabra**:

- **El camino**: la Palabra oída pero robada de inmediato por el Maligno. **Escucha superficial sin ningún arraigo**.
- **Las piedras**: acogida entusiasta pero sin raíces. Al primer obstáculo, todo se evapora. **Superficialidad sin profundidad**.
- **Los espinos**: la Palabra ahogada por la seducción de las riquezas y las preocupaciones mundanas. **Politeísmo práctico: muchos señores, ninguno decisivo**.
- **La tierra buena**: acogida, asimilación, fruto. El ciento, el sesenta, el treinta por uno. **Diversidad de fecundidad, pero fecundidad real**.

4. El sembrador: Jesús y la comunidad evangelizadora: Jesús es el sembrador por antonomasia. Siembra con prodigalidad sin calcular el terreno: entre la gente sencilla y entre los escribas, entre los que acogen y entre los que rechazan. **Nunca se desalienta.** Pero el texto invita también a reconocernos a nosotros como sembradores: misioneros, catequistas, padres, maestros, testigos. La pregunta no es si cosecharemos resultados inmediatos, sino si **sembramos con fe y generosidad.**

5. Dolores de parto: la esperanza cósmica (Romanos 8): Pablo amplía el horizonte hasta dimensiones cósmicas: no solo el cristiano individual, sino la creación entera gime esperando la liberación. **La imagen del parto es audaz** y esperanzadora: el sufrimiento actual no es señal de fracaso sino de gestación. Ya poseemos las primicias del Espíritu; aguardamos la plenitud. La siembra bautismal está viva y en proceso de maduración, aunque todavía no se vea la cosecha.

6. Sembrar vs. cosechar: conversión pastoral: Uno de los aportes más incisivos del texto es el desplazamiento de la **obsesión por 'cosechar'** éxitos visibles hacia la **'paciente labor de sembrar'**. En un contexto de crisis religiosa y secularización acelerada, la tentación es dudar de la fuerza del Evangelio. La parábola responde: el problema no es el Evangelio, sino la calidad de la siembra y la fertilidad del terreno que cultivamos. El material se organiza en cuatro momentos narrativos articulados:

- **MOMENTO A** — La garantía divina (Is + Sal): Dios garantiza la eficacia de su Palabra. La lluvia no pregunta si la tierra está lista; cae y fecunda. Punto de partida teológico, no estratégico.
- **MOMENTO B** — El proceso de maduración (Rom 8): La vida cristiana es una gestación dinámica entre el 'ya' del Bautismo y el 'todavía no' de la plenitud. El sufrimiento presente no contradice la esperanza: la anuncia.
- **MOMENTO C** — La parábola y su interpretación (Mt 13): El sembrador prodigioso (Jesús / la Iglesia), la semilla (la Palabra del Reino), los terrenos (las disposiciones interiores). La 'homilía' de Jesús traslada la pregunta al oyente: ¿qué clase de terreno soy yo?
- **MOMENTO D** — Interpelación pastoral (textos complementarios): ¿Por qué la Palabra no produce fruto en nuestras comunidades? ¿Somos profetas o funcionarios del templo? ¿Evangelizamos con fe convencida o con rutina vacilante? La creatividad como exigencia misionera contemporánea.

El problema no es que el Evangelio haya perdido fuerza. El problema es el terreno. Y el terreno somos nosotros — cada uno con sus piedras, sus espinos, sus caminos pisoteados por tantas voces. Pero Jesús no abandona la siembra. Sale cada mañana a sembrar su Palabra en cualquier rincón donde haya alguna esperanza de que germine. Y nos llama a hacer lo mismo: no a cosechar éxitos, sino a sembrar con fe, con prodigalidad, con la confianza inquebrantable de quien sabe que la cosecha final no depende de nosotros sino de Dios.

La parábola del sembrador es, antes que nada, **un texto de esperanza para tiempos difíciles.** Cuando la evangelización parece estéril, cuando la fe se enfría en las nuevas generaciones, cuando el mundo parece más cercano y potente que la Palabra — la tentación es dudar del Evangelio. Jesús responde con una imagen de labriego galileo: no hay campo tan pedregoso que justifique dejar de sembrar. La cosecha de treinta, sesenta o ciento por uno garantiza que **el esfuerzo vale.**

Pero el texto también **es exigente.** Nos pregunta sin rodeos: ¿qué clase de terreno somos? ¿Escuchamos la Palabra y la dejamos resonar, o la ahogamos con prisas, con preocupaciones, con la seducción de lo inmediato? **¿Somos comunidades que acogen la semilla o comunidades con el 'corazón embotado' que tienen oídos y no oyen?**

Y sobre todo **nos interpela como sembradores:** ¿sembramos con la prodigalidad confiante de Jesús, o calculamos demasiado antes de abrir la mano? ¿Evangelizamos con fe encendida o con rutina apagada? No es el Evangelio el que ha perdido poder: somos nosotros los que a veces lo presentamos sin convicción, sin vida, sin el fuego del encuentro personal con Jesús.

Hay una imagen que Jesús tomó del campo de Galilea y que dos mil años después sigue siendo tan fresca y tan verdadera como el primer día: la del sembrador que sale a sembrar.

Todo empieza con **Isaías.** El profeta, en tiempos de destierro y desaliento, dice algo audaz: la Palabra de Dios es como la lluvia y la nieve que bajan del cielo. No preguntan si la tierra está lista. Caen, empapan, fecundan, y no regresan a Dios vacías. La tierra responde: brota, germina, da fruto.

El Salmo lo canta con imágenes de pastizales y valles vestidos de mieses que aclaman y cantan. Así es la Palabra de Dios: no es una idea, es una fuerza. No informa: crea. No describe: transforma.

Pablo desde Romanos agrega una perspectiva que nos ensancha el horizonte: no solo nosotros, sino la creación entera está expectante, gimiendo con dolores de parto, aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios. Ya tenemos las primicias del Espíritu. Pero estamos en proceso, en gestación. Como una mujer que va a dar a luz: los dolores no son señal de muerte sino de vida que llega. Lo que ahora sufrimos no tiene punto de comparación con la gloria que Dios nos prepara.

Y entonces viene **Jesús**, sentado junto al lago de Galilea, con una multitud tan grande que tiene que subir a una barca. Y desde allí les cuenta una historia simple, de labrador y semilla:

«Salió el sembrador a sembrar. Y al sembrar, una parte cayó en el camino... otra cayó en terreno pedregoso... otra cayó entre cardos... y otra cayó en tierra buena y dio fruto: cien, sesenta, treinta por uno.»

Los que le escuchaban sabían de qué hablaba. Conocían esas tierras desiguales de Galilea. Sabían que **no toda semilla germina igual.** Y sabían también que nadie deja de sembrar por eso.

Pero Jesús añade algo más importante: **la explicación.** Esa semilla es la Palabra del Reino. Y los terrenos somos nosotros. El camino pisoteado es **el corazón que oye pero no deja entrar**, y enseguida el Maligno se lleva lo poco que llegó. Las piedras son **el entusiasmo sin raíces:** al primer contratiempo, todo se evapora. Los espinos son las preocupaciones, el dinero, el ruido constante que **ahoga lo esencial.** Y la tierra buena es **el corazón que acoge**, que guarda, que deja que la semilla vaya haciendo su trabajo en silencio.

La pregunta del domingo es directa: ¿qué clase de terreno soy yo? ¿Qué piedras o espinos le están impidiendo a la Palabra crecer en mi vida? Y también: ¿soy un sembrador fiel, o he caído en la trampa de esperar resultados antes de seguir sembrando?

Porque **Jesús no nos dejó la parábola del cosechador. Nos dejó la del sembrador.** Lo nuestro no es medir éxitos ni llenar estadísticas. **Lo nuestro es salir** — como Jesús salió cada mañana — a sembrar palabras de esperanza y gestos de compasión, **en los lugares más insospechados**, con la confianza inquebrantable de quien sabe que la cosecha final está en manos de Dios.

Y esa cosecha no fallará. La lluvia no vuelve al cielo vacía. La semilla de Jesús en el corazón del mundo no terminará en fracaso. «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» — dijo Jesús a los que sí escuchan. Que hoy seamos de los que oyen de verdad.

Ahora ... qué haremos?

Revisar la calidad del terreno interior

1

Antes de preguntarse por los resultados de la evangelización, cada creyente y cada comunidad está llamado a preguntarse: ¿qué obstáculos le pongo yo a la Palabra? ¿Piedras de superficialidad, espinos de preocupaciones, caminos endurecidos por la rutina? La parábola es ante todo un examen de conciencia sobre la propia disponibilidad.

Pasar de la obsesión por cosechar a la paciencia del sembrador

2

En un contexto de secularización y crisis religiosa, la tentación es medir la pastoral por resultados visibles e inmediatos. El evangelio propone una conversión: de la lógica del cosechador a la paciencia del sembrador. Sembrar con ilusión aunque no se vean frutos a corto plazo, confiando en que la cosecha pertenece a Dios.

Evangelizar con fe convencida, no con rutina apagada

3

El texto interpela directamente a los evangelizadores: el problema no es el Evangelio, sino la calidad de quien lo anuncia. Un cristiano que no vive una adhesión fuerte y personal a Jesús no puede contagiar lo que no tiene. La renovación pastoral comienza con el encuentro personal y comunitario con Cristo, no con nuevas técnicas o programas.

4

Cultivar el silencio y la escucha como condiciones de fecundidad

Los espinos y las piedras tienen en común que no dejan espacio. La Palabra necesita silencio, profundidad, disponibilidad. Proponer en la comunidad prácticas concretas de escucha de la Palabra: lectio divina, momentos de silencio en la liturgia, revisión de vida a la luz del Evangelio. El terreno se prepara.

5

Promover la creatividad misionera como exigencia evangélica

La Iglesia de los primeros siglos fue capaz de abandonar el contexto cultural judío y arraigarse en la cultura griega y latina. Hoy se necesita una creatividad semejante: presentar el Evangelio con fidelidad y con audacia, sin parcialismos ni cobardías, de modos que conecten con la búsqueda real del hombre y la mujer contemporáneos.

6

Sostener la esperanza cósmica frente al desaliento

La lectura de Romanos 8 ofrece un horizonte de esperanza que va más allá de los resultados pastorales inmediatos: la creación entera está en gestación, aguardando la plenitud. Los dolores de parto no son señal de fracaso sino de vida que llega. Cultivar en la comunidad una espiritualidad de la esperanza que no se deja vencer por las apariencias desalentadoras.

DOMINGO 15 DEL TIEMPO ORDINARIO

«SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR» – Mt 13, 3

La Palabra de Dios es semilla que siempre da fruto.

 <p>LA PALABRA DE DIOS como la lluvia y la nieve: desciende, empapa, fecunda y no regresa vacía. Siempre cumple su misión. (Is 55, 10-11)</p>	 <p>LA TIERRA RESPONDE La tierra regada brota y da fruto. Los valles se cubren de mieses y aclaman con alegría. (Sal 64)</p>	 <p>LA CREACIÓN EN GESTACIÓN La creación entera gime con dolores de parto, esperando la plena manifestación de los hijos de Dios. (Rom 8, 18-23)</p>	 <p>LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR Jesús siembra con prodigalidad. El fruto depende del terreno: la libertad y la disposición interior del oyente. (Mt 13, 1-23)</p>
--	---	---	--

LOS CUATRO TERRENOS: ¿QUÉ CLASE DE TERRENO SOY YO?

<p>1. EL CAMINO La Palabra oída pero robada de inmediato por el Maligno.</p>  <p>Escucha superficial sin ningún arraigo.</p>	<p>2. LAS PIEDRAS Acogida entusiasta pero sin raíces.</p>  <p>Al primer obstáculo, todo se evapora. Superficialidad sin profundidad.</p>	<p>3. LOS ESPINOS La Palabra ahogada por la seducción de las riquezas y las preocupaciones mundanas.</p>  <p>Politeísmo práctico: muchos señores, ninguno decisivo.</p>	<p>4. LA TIERRA BUENA Acogida, asimilación, fruto.</p>  <p>El ciento, el sesenta, el treinta por uno. Diversidad de fecundidad, pero fecundidad real.</p>
--	--	---	---

SEMBRAR CON FE, CONFÍAR EN DIOS

 <p>EL SEMBRADOR Jesús es el sembrador por antonomasia y también nosotros: misioneros, catequistas, padres, maestros, testigos. Siembra con prodigalidad sin calcular el terreno. Nunca se desalienta.</p>	 <p>LA FUERZA DE LA SEMILLA El Evangelio no ha perdido fuerza. Lo que cambia es la calidad del terreno. La semilla de Jesús en el corazón del mundo no terminará en fracaso. La lluvia no vuelve al cielo vacía. La cosecha final está en manos de Dios.</p>	 <p>NUESTRA MISIÓN No obsesionarnos por cosechar éxitos visibles. Salir cada día a sembrar palabras de esperanza y gestos de compasión. Confiar en que Dios hará crecer la semilla a su tiempo.</p>
--	--	--

¿AHORA... QUÉ HAREMOS?

 <p>REVISAR EL TERRENO INTERIOR ¿Qué piedras o espinos le pongo yo a la Palabra? Examen de conciencia sobre nuestra disponibilidad.</p>	 <p>PASAR DE COSECHAR A SEMBRAR De la lógica del cosechador a la paciencia del sembrador. Sembrar con ilusión aunque no se vean frutos a corto plazo. La cosecha pertenece a Dios.</p>	 <p>EVANGELIZAR CON FE No es el Evangelio el que ha perdido poder, sino la calidad de quien lo anuncia. Renovación pastoral desde el encuentro con Cristo.</p>	 <p>CULTIVAR EL SILENCIO Y LA ESCUCHA La Palabra necesita silencio, profundidad, disponibilidad. Proponer lectio divina, silencio en la liturgia y revisión de vida.</p>	 <p>PROMOVER LA CREATIVIDAD MISIONERA Presentar el Evangelio con fidelidad y audacia, conectando con la búsqueda real del hombre y la mujer de hoy.</p>	 <p>SOSTENER LA ESPERANZA La creación entera está en gestación. Los dolores de parto no son fracaso sino vida que llega. No dejarnos vencer por las apariencias.</p>
---	--	--	--	--	--

“ Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen.. ”
– Mt 13, 16

SEMBRÉMONS CON FE. DIOS HARÁ FRUCTIFICAR. LA COSECHA NO FALLARÁ.